LO QUE HA DE SER...

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON RAMON MARISCAL,

Y estrenada en el Teatro ESLAVA para su beneficio en la noche del 11 de Febrero de 1879.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1879.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELENA	SRA. VEDIA.
DON JUAN	SRES. PELUZZO.
ORTIGOSA	MARISCAL.
EL BARON DE AGUILAR	ARANA.
RAMIREZ, criado	MESEJO.
UN CELADOR	DIEZ.

La accion en Jaen y en casa de D. Juan.

ACTO PRIMERO.

Sala elegantemente amueblada; puerta al fondo y laterales, velador con recado de escribir en primer término de la izquierda. D. Juan sentado y lacrando unos pliegos: Elena de pie y apoyada sobre el respaldo de una butaca. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, D. JUAN.

JUAN. Conque consientes?
ELENA. Qué hacer?
cuando en ello usted se empeña.
JUAN. Ya sabes que no me gustan,
hija mia, esas respuestas.
Las cosas se dicen claras
como Cristo nos enseña.
«Me caso porque es mi gusto;
ó quiero seguir soltera.»
Si lo primero adelante,
si lo segundo paciencia.
Es verdad que dí palabra,
pero la retiro y quieta
España... Nada hay perdido...
con escribir cuatro letras...

Tu prometido ya sabes
que es un muchacho de pren das,
y segun dicen las gentes,
ademas de su carrera,
que es la honrosa de las armas,
tiene una crecida renta,
y es mayorazgo y baron,
baron con B, no te creas.
En estos tiempos que corren,
ó mejor dicho que vuelan,
maridos como Aguilar
dificilmente se encuentran.
Es verdad que serás rica
el dia que yo me muera;
porque tengo allá en los Llanos
unas cuantas olivejas;
en la ciudad buenas casas
y en Jabalquinto unas tierras.
Pero toda esa fortuna
el dia que quedes huérfana
se la llevará la trampa
sin un hombre á la cabeza.
Conque chiquilla, animarse,
cerrar los ojos y á ella.

ELENA. Ya ve usted, sin conocerle...

JUAN. Eres muy vulgar, Elena!
Dejará de ser un hombre
con más ó ménos presencia,
ó más ó ménos virtudes,
ó más ó ménos flaquezas.
Los hombres somos iguales
desde Adan hasta la fecha,
y quien ve á un hombre ve á ciento
con escasa diferencia.
Conque ¿qué dices?

ELENA. Que bien.

JUAN. Con franqueza?

ELENA. Con franqueza.

JUAN. Así se dicen las cosas,
claritas sin reticencias.

ELENA. (Si está de Dios ha de ser
que quiera yo que no quiera.)

JUAN. (Entregándole unas cartas al Criado.)
Ramirez, á su destino
esos pliegos... Oye, espera.
Está listo el gabinete
del salon de la derecha?
RAM. Sí señor, está muy limpio...
(lo mesmo que mi conciencia.)
JUAN. (Mucho tarda el de Aguilar,
poco interés manifiesta.)

ESCENA II.

ELENA y RAMIREZ.

RAM. Vamo, la cosa se enrea
y va *triplicando* el paso.
ELENA. Qué quires? al fin me caso,
mi padre así lo desea.
RAM. El novio, si mar no *dico*,
es un mozo de mistó.
ELENA. Tú le conoces?
RAM. Yo no,
pero dicen que es muy rico.
ELENA. No he codiciado jamás
clase ni bienes ajenos,
el dinero es lo de ménos.
RAM. Pues para mí es lo de más.
ELENA. Y luégo que mi fortuna
no es á la verdad escasa.
RAM. Cabales! como esta casa
no hay en la *zudiá nenguna*.
ELENA. La familia se desmembra,
más quiere el papá y chiton.
RAM. Y es noble el novio?
ELENA. Baron...
RAM. Pues no que sería *jembra*.
ELENA. Y mayorazgo...
RAM. Qué ganga.
Melitar?
ELENA. Sí.
RAM. Buen empleo?...
ELENA. Creo que sí

RAM. No más, creo?
ELENA. Aún no le he visto la manga.
RAM. Como el empleo es el quid!
ELENA. Tambien era militar
aquel muchacho sin par
á quien conocí en Madrid
en el baile de mi tia.
Aquel que de amor me habló,
y á todas me prefirió
con marcada simpatía;
que aunque despues ilusoria
hizo mi esperanza amante,
nunca puedo su semblante
separar de mi memoria.
RAM. Si fuera aquel!
ELENA. Mejor fuera.
(Ruido de un carruaje.)
Oyes? un coche.
RAM. Chipé!
si será el novio?
ELENA. No sé.
(Ramirez en la puerta del foro.)
RAM. Sí es él, ya está en la escalera.

ESCENA III.

DICHOS y ORTIGOSA que sale con lacayos que conducen sus maletas y á quienes despide oportunamente. Ramrez se aparta á un lado.

ORT. Gracias, muchachos, muy bien,
repartirlo por igual. (Les da dinero.)
RAM. (Bien se anuncia.)
ORT. Hola!
RAM. Señor.
ORT. Ya puede usted avisar
que soy el futuro yerno...
RAM. De quién?
ORT. Del señor don Juan.
RAM. Me parece que esta cara... (Reconociéndo)
La mesma, justo y cabal.
¡¡¡El señorito Ortigosa!!!

ORT. Maldita contrariedad.
Qué... tú me conoces?

RAM. Mucho!
Que si le conozco?... bah!
en Madrid siendo portero
de la marquesa de Alás
honraba yo á su mercé
con la más fina *amistá*.
El que le habría la puerta...

ORT. Lo mismo que á mi rival;
ya te conozco.

RAM. Le juro...

ORT. Basta, basta, perillan.
Ahora sí que necesito
de tu ayuda.

RAM. Con lealtá
le serviré...

ORT. Y si consigo
de mis rivales triunfar,
espléndida recompensa
tus servicios hallarán.

RAM. Y qué he de hacer?

ORT. No adivinas
lo que pretendo?

RAM. No tal.

ORT. Pues bien, pretendo casarme
con tu señorita.

RAM. Ya!
Conque usted quiere á la niña?

ORT. Si la quiero, es algo más.

RAM. Se la quiere usted comer?

ORT. La idolatro... la...

RAM. Ya... la...

ORT. La ví una noche en un baile;
qué noche aquella!

RAM. Ay! ma...
(Aludiendo á la cancion.)

ORT. Y desde entónces su imá[gen]
purísima, angelical,
ni un sólo instante he po[dido]
de mi memoria borrar.
Aquel continente noble,

aquella hechicera faz,
su abrasadora mirada
y su incomparable...

RAM. Ya!

ORT. Me subyugan, me enloquecen,
y al impulso de su imán
irresistible, hasta aquí
llego!...

RAM. Quié usted callar?

ORT. Decidido á ser su esposo
aunque para empresa tal
haya de exponer mi vida
y mi fortuna.

RAM. Agua va.

ORT. Por lo pronto aquí me tienes
con la idea de usurpar
el nombre y las circunstancias
que adornan á mi rival.
De modo que en esta casa
no soy Ortigosa, estás?
que soy... (Dándole dinero.)

RAM. Ya lo comprendo. (Guardándolo.)

ORT. Soy el Baron de Aguilar.

RAM. Pues nada, lo que usted quiera,
á mí lo mesmo me da,
mas no olvide que el consorcio
se va pronto á celebrar.

ORT. Lo sé todo.

RAM. Y cómo pudo?

ORT. Escúchame y lo sabrás.
Cerca de Madrid estamos
destacados tiempo ha;
en mi regimiento yo,
y en el suyo el de Aguilar;
ya sabes, el baroncito
que aquí priva...

RAM. Já! já! já!

ORT. Por cariño no lo creo;
sin duda por vanidad,
confidente de su enlace
me hizo, inocente quizás...

RAM. De que á usted le convenía,

que poco chindamental.
(Señalando á la cabeza.)

ORT. De manera que por él
cuanto aquí debió pasar
supe, explorando el terreno,
con cierta sagacidad.
Él me indicó no hace mucho,
hará dos meses lo más;
la indecision de la hija,
la insistencia del papá,
y cuando ví más distante
que se pudieran casar,
me sorprende la noticia
de una decision final
á su intento favorable.

RAM. Listas las cosas están,
como que esperan que llegue
hoy mismo.

ORT. Pues no vendrá.

RAM. Que no vendrá?

ORT. Te lo juro.

RAM. Usted lo podrá jurar,
pero viene... que si viene?
pues no ha de venir? vendrá,
tan fijo como el reló.
(Aunque el reló marcha mal,
y por dar ayer la una
dió setenta campanás.)

ORT. Prosigo mi narracion.

RAM. (Jaqueca, si acabarás.)

ORT. Ántes de anoche á las doce
partiendo desde el lugar
de nuestro destacamento,
salió á escape mi rival
con direccion á Madrid
para desde allí tomar
despues de un breve descanso
rumbo para esta ciudad,
y realizar un enlace
más que todo comercial,
puesto que no se conocen,
ni tampoco se amarán,

pero tengamos cautela:
allí está; qué bien revela
el porte de su familia.

ORT. Cumplióse ya mi deseo.

JUAN. Baron, te presento á Elena.

ORT. Señorita, me enajena
tanta dicha.

ELENA. ¡Mas qué veo!
Es usted!! Dios sea loado!!

JUAN. Conoces al de Aguilar?

ELENA. Si es el jóven militar...

JUAN. De quien tanto me has hablado?

ORT. De mí la habló?

JUAN. Sí, de un loco
que en un baile hizo diabluras
enredando las figuras:
mas debe importarte poco,
puesto que por causa tal
te conserva en la memoria,
y ya ves que...

ORT. Tanta gloria...

JUAN. La debes á bailar mal.
Allá por los tiempos míos,
ni aún al año de tratada
á una niña recatada
se le hablaba de amoríos.
Mas hoy que se han extinguido
trabas que daban enojos,
se ven, se guiñan el ojo,
y negocio concluido.
¡Aquellos tiempos dichosos!!

ORT. Lo mismo que los presentes
tienen sus inconvenientes,
los extremos son viciosos.

ELENA. Tiene usted razon.

ORT. Y es cierto
que tanta y tanta clausura
nunca puso á la hermosura
de la asechanza á cubierto.
Tal vez en el más bendito,
desoyendo la razon,
esa misma privacion

engendraba el apetito.
Hoy la misma libertad
hace cauta á la mujer,
que lucha y hace volver
por su misma dignidad.
En un baile la alegría
á todos nos hace amigos,
y el número de testigos
aumenta más la hidalguía.
Allí el corazon embriagan
el perfume de las flores,
los rostros encantadores
que en torno cruzan y vagan.
La luz, la música, el ruido,
la mirada abrasadora,
la sonrisa seductora,
la languidez del gemido...
Ya celoso se desata,
ya anelante se encadena;
ven suspiros que envenena,
una sonrisa que mata.
Todo á la ilusion responde,
todo arroba y extasía;
sale al rostro la alegría,
mientras que el pesar se esconde!
Y al paso que más inquieta
la embriaguez ó la locura,
más se atiende á la hermosura,
mucho más se la respeta.

ELENA. Le escucha usted? (Á D. Juan.)
JUAN. (Abrazándole.) Bravo; ven.
ELENA. Elocuencia sin igual!
JUAN. Tú podrás bailar muy mal,
pero razonas muy bien.
¿Y por qué de parecer
mudaste?
ORT. Yo?
JUAN. Ah! Rapaz!
Por qué vienes sin disfraz?
ORT. (No sé lo que pueda ser...)
JUAN. Todo lo sé; tu proyecto
ciertamente estrafalario

solo en caso necesario
puede producir efecto;
tu padre...

ORT. (Otro lio más?)

JUAN. Me escribe en carta fechada
el diez ..

ORT. Pues no supe nada,

JUAN. Aquí la tengo; verás...
(Lee.) «Mi querido don Juan: hoy envio á »mi hijo real licencia para que desde lué- »go pueda venir á la córte y desde aquí »dirigirse á esa ciudad, á fin de llevar á »cabo el enlace concertado con su encan- »tadora hija. Sin embargo de que acepta »muy gustoso tan deseada union! Cosas de »jóvenes, intenta presentarse en su casa »de criado para estudiar por este medio »con entera libertad el carácter de su fu- »tura, y lo participo á usted para que pro- »ceda con conocimiento, suyo, etc.»
(Hablado.) Claro se explica: qué tal?

ORT. (Vaya qué tiene ocurrencia?)

ELENA. Le gustan las experiencias?

ORT. No tuve intento formal.

JUAN. Con dejar esa simpleza,
mucho en mi aprecio has ganado,
que es siempre más estimado
quien procede con franqueza.

ORT. No crea usted que en ello hubiera
siniestra intencion alguna,
porque sólo ha sido una
puerilidad pasajera.

ESCENA V.

DICHOS y RAMIREZ, desde la puerta.

Esperando está un criado
que ha llegado de Madrid.

ORT. (Válgame las once mil!!
No le hallaron!) Será el mio

á quien ordené venir...
Está muy bien.
(Ortigosa se baja al proscenio.)

JUAN. Que entre al punto.

RAM. Camarada, por aquí.

ESCENA VI.

D. JUAN, ELENA, ORTIGOSA y el BARON, éste en traje de ayuda de cámara.

BARON. Soy el ayuda de cámara
del Baron...

JUAN. Sí, de Aguilar.

BARON. Que obligado á detenerse
diez ó doce dias mas...

JUAN. El Baron, eh?

BARON. Bien lo siento.

JUAN. Pero mudó á tu pesar
de proyecto. Allí le tienes.

BARON. Al Baron?
(Se adelanta al proscenio y Ortigosa se vuelve encontrándose de frente.)
(Bajo á Ortigosa.) (Voto á san!)

ORT. Te sorprende?

BARON. (Bajo.) (No esperaba...)

ORT. (Bajo al Baron.)
(La revancha.)

BARON. (Bajo á Ortigosa.) (Bien está.)

ORT. Yo no esperaba tan pronto...
pero resolví aplazar
mis asuntos, y á eso debo
el haber llegado ya.
(Mucho ántes de que tú
pudiéraslo imaginar.)

BARON. Yo esperaba que el señor
me avisase.

ORT. Bien está.

BARON. Si he faltado, le...

ORT. Silencio!
Háse visto perillan!

JUAN. Por esta vez no le riñas
con tanta severidad.
(No me disgusta este chico,
os simpático y audaz!)
Hace tiempo que le tienes
á tu servicio?

ORT. Tiempo há.

JUAN. Y es andaluz ó gallego,
asturiano ó catalan?

ORT. No sé, porque lo he sacado
del hospicio de Alcalá.

JUAN. De manera que sus padres
sabe Dios quiénes serán!

BARON. (Y me he de morder la lengua
sin poderle contestar?)

JUAN. Cómo le llamas?

BARON. (Despues de un instante de meditacion.)
Clarin.

ORT. Es entendido y leal,
y en cuestiones de caballos
tan inteligente y tan...

ELENA. En efecto, tiene prendas
que son para interesar...

BARON. La señorita es tan buena!

ORT. (Malo!)

JUAN. (Á Ortigosa.) Vamos, Aguilar,
el brazo á Elena, un paseo
por el jardin servirá
de estímulo al apetito.

BARON. El que yo tengo es voraz.

JUAN. Y tú, Clarin, cuando quieras
retírate á descansar.

ESCENA VII.

EL BARON, solo.

Vive Dios que no es la apuesta
la que me obliga á callar,
ni es posible comparar
aquella novia con esta.
Pero si al disfraz me ajusto

por luchar y merecer,
esta prueba vendrá á ser
la medida de mi gusto.
Gusto insensato, quimera
que me arrebata la calma:
por las virtudes del alma
cómo he de hallar quien me quiera?
Ademas, dando tortura
está á mi mente el gemido
de aquel hombre á quien herido
dejé entre la niebla oscura.
Herido.,. ó muerto; qué mengua!
la duda me tiene inquieto:
quiera Dios que á este secreto
no le haga traicion la lengua!
Ya me tienen en un potro
tanto incidente malvado;
asesino por un lado,
doméstico por el otro.
Esta situacion me agobia,
y el dilema es muy sencillo,
si me descubro á un castillo;
si no, me quedo sin novia.
Y lo que dure el papel
aguante usted, ¡voto á tal!
que le trate su rival
como á un mozo de cordel.

ESCENA VIII.

EL BARON y RAMIREZ, que aparece con un catre de tijera por una de las puertas laterales.

RAM. Carambita ¡y cómo pesa!
(**Dirigiéndose al Baron.**)
Farruco, ayúdame aquí
y estira un poco los *niervos*.

BARON. Esta es otra: voto á mil
bombas!

RAM. Te has quedado sordo
ó te quieres *divertir*
conmigo? mira, gachó,

que te rompo la *nariz!*
RARON. (Si no fuera por el muerto,
á este criado incivil...)
Pero explícate; qué quieres?
RAM. Que eches una mano. Así:
(Echando mano el Baron.)
pa llevar este caracter
en que tú vas á dormir.
BARON. Y á dónde vamos?
RAM. Á dónde?
Al palomar.
BARON. Por San Gil!
Al palomar con los vientos
que aquí se dejan sentir.
RAM. Ya verás cuando encomiencen.
(Remedando el arrullo de los palomos.)
«Me quieres, paloma?... Sí.»
«Y tú, palomito?... Mucho,
»pues arrímate pa aquí.»
BARON. Hombre, me estás mareando.
RAM. Que te mareo, mastin,
y me estás dando más vueltas
que una noria?...
BARON. Hay que reir;
pues de lo contrario...
RAM. Bárbaro!
por esa, no, por allí.
(Indicando la puerta lateral contraria á la de la salida.)
BARON. Y al palomar!
RAM. Pues qué quieres?
dormir donde yo, infeliz!
(Durante la anterior escena, darán vueltas con el catre segun se marca en el diálogo á juicio de los actores.)

ESCENA IX.

ELENA y ORTIGOSA.

ORT. Aquí estamos solos,
aquí no nos miran.

Casa con más gente
no he visto en mi vida.
Arriba y abajo,
abajo y arriba
hallamos malditos
testigos de vista.

ELENA. El tiempo es muy breve.

ORT. Hablemos de prisa.

ELENA. Desde aquel instante
de nuestra entrevista
allá en las reuniones
que daba mi tía...
desde aquel instante
labró usted mi dicha.

ORT. Me quiere usted mucho?

ELENA. El rubor me obliga...

ORT. Desate ese labio.

ELENA. Por Dios no lo exija.

ORT. Usted no me ama;
usted me mentía,
cuando aquella noche...

ELENA. Hablar me precisa;
pues bien, sí, le amo.

ORT. Palabra bendita
y bendita boca,
y bendita niña!
Desde aquella noche
que tuve la dicha
allá en las reuniones
que daba su tia,
de ver esos ojos,
que despiden chispas;
y esos dulces labios
que venden almíbar;
y el color de rosa
que en esas mejillas
caprichoso esmalta
delicadas tintas,
y el blondo cabello
que en su cuello oscila
que al influjo vago
de la leve brisa...

el amor más grande
que sentí en mi vida....

ELENA. Mi padre, marchemos.
(Rápidamente.)

ORT. (Me dejó peristan!)

ELENA. (Importuno padre.)

ORT. (Temprano principia.)

ESCENA X.

D. JUAN, despues el BARON.

JUAN. Mi yerno quería estudiar
el carácter de mi hija,
y es justo que de mi yerno
me proporcione noticias:
este criado no es tonto
(Por el Baron, que sale.)
y me las dará cumplidas.
Reconozcamos el campo;
veamos cómo se explica.
Tienes ley á tu señor?

BARON. Y ley nunca desmentida;
es jóven y á mí los jóvenes...

JUAN. Tambien á mí me cautivan
aunque ves que tengo blanca
la cabeza en que te fijas.

BARON. (Vamos, este quiere informes,
pues á buen árbol se arrima.)
Pero los años!...

JUAN. Los años!
Los años qué significan
cuando el corazon es jóven
y dispuesto á la alegría;
á las sensaciones fuertes;
vamos, si Aguilar se inclina
á mis gustos vive Dios,
que hemos de hacer buenas migas!

BARON. Pues entónces...

JUAN. Es galante?

BARON. Toma, se pierde de vista:
y si no encuentra mujer

le hace el amor á una esquina.
Las morenas le enloquecen,
las rubias le martirizan,
encuentra bellas las altas
y las pequeñas bonitas;
sentimentales las flacas,
rico jamon las rollizas;
en fin, el romance aquel
de que usted tendrá noticia,
que por las calles y plazas
todos los viejos recitan,
lo compuso para él...
(El Preste Juan de las Indias.)

JUAN. (Pues vaya que tiene el mozo
corazon de cofradía.)
Y deudas...

BARON. Jesús! Jesús!

JUAN. (Yo tambien tengo las mias.)
Conque deudas y acreedores?

BARON. En numerosa familia.
Bastará decir á usted
que debe hasta la camisa,
y el reloj...

JUAN. Qué?

BARON. En peñaranda.

JUAN. Pues y el que lleva?

BARON. Es de filfa:
sujetando la cadena
lleva una galleta antigua
para aparentar la alhaja
que se llevó el prestamista.

JUAN. Pues vamos á estar lucidos?

BARON. Recuerdo que en una cita...

JUAN. Y dime, paga sus deudas?

BARON. Cuando tiene, sí, se indica...
tapa algunos agujeros,
los que más le corren prisa;
mas cuando no tiene un cuarto
como acostumbra, le irrita
que vayan los acreedores
en horas intempestivas,
y [illegible] incomoda y patea,

y muerde y escandaliza;
porque al fin no está en el órden...

JUAN. Por supuesto!... Más decías
de cierta cita...

BARON. Una noche
en que mi señor volvía
del juego...

JUAN. Qué! tambien juega?

BARON. Si no sale de la *timba*,
y en eso de echar el pego
tiene unas manos divinas.
Pero ganar? nunca gana.

JUAN. Conque no gana?

BARON. Ni pisca.
Y siempre está echando votos
sin haber quien lo resista.
Cuando [illegible] acuesta y se duerme
la noche que se retira,
que noches de retirarse
entran muy pocas en libra,
sueña y repite soñando
á gritos, «en cinco, elijan,
en tres por mí,—vizcarronda
mamarán,—contra judías,»
y así una porcion de frases
que no sé qué significan.

JUAN. (Voy viendo que es imposible.)
Cuéntame lo de la cita.

BARON. A eso voy: fué una torpeza
la más grande de la vida.
Mi señor me dió una carta
para cierta bailarina,
y por un error maldito
[illegible] la entregué á una nodriza
y hubo la de Dios es cristo.

JUAN. Conque tambien se dedica...
Nada! un serrallo completo.

BARON. El vicio que le domina.

JUAN. Pues tiene pocos el chióo!
Buen marido! Pobre niña!

BARON. En España es proverbial
la fama de sus conquistas.

Los casados le detestan
y los solteros le envidian.
Pero la aventura magna
que hace reventar de risa
es la última.

JUAN. La última?

BARON. Supo que el baron de Esmirna,
su amigo, en tratos estaba
para casarse en Galicia,
y sin conocer la novia
ni los padres de la niña,
qué hace, usurpa su nombre,
se presenta á la familia,
y á la faz del mismo padre
seduce á la pobre niña.

JUAN. Esto ya es intolerable
y fuera un crímen mi hija
sacrificar á ese monstruo
de corrupcion! qué ignominia!
y tú me sales garante
de cuanto me dices? Mira
que es el asunto muy grave.
Dime si te ratificas,
ó si algun rencor oculto...

BARON. Jamás dije una mentira,
y á fé de Clarin lo juro
si usted lo exige en seguida.

JUAN. Basta, basta, me convenzo.
Silencio y á nadie digas
cuanto á mí me has revelado.

ESCENA XI.

EL BARON solo.

La situacion se complica,
y si he de hablar con franqueza
no me disgusta la niña.

ESCENA XII.

EL BARON y RAMIREZ.

RAM. (Entrando con viveza.)
Se va á jamar tu señor
la jembra de más poer
que se pasea, salero!
en el reino de Jaen.
Cuando camina, menea
el taye con un aquel,
que el que no se queda bisco,
será porque ya lo esté.
Tiene un cuerpo tan seguío
que ni tirao á cordel;
y unos piés, que dan fatigas:
¡serán pequeños sus piés
que cuando quiere los calza
en dos cáscaras de nuez!
Cuando viene un forastero
que quiere lo bueno ver,
le enseñan el Santo Rostro,
que vale mucho parnés,
el san Eufrasio de plata
y mi señorita.

BARON. Y bien?
á qué me vienes á mí
é contar tanta sandez?

RAM. Habrá desagraecío! (Retirándose.)
Que no revientes, gaché,
como reventó el lagarto
de la Magdalena...

BARON. Pues!
á quién le viene á contar
si se le va ó no á comer
el otro! me va cargando
doméstico tan soez.

ESCENA XIII.

EL BARON, ORTIGOSA.

ORT. Conque en lucha.
BARON. Pues en lucha.
ORT. Armas iguales no son.
BARON. La tuya es más afilada.
(Al llegar á estos versos Elena pretende salir; pero permanece escuchando y oculta trás una cortina, manifestándose al público, pero no á los de la escena.)
ORT. Corta la tuya mejor.
BARON. La condicion de un criado
es humilde condicion.
Tú al contrario, representas
una persona de pró.
ORT. Un criado puede mucho,
y tú lo sabes, Baron!
Me hubieras birlado á Julia
ni lo que sabes y yo
sin el influjo maléfico
de aquel criado feroz
á quien con el vil metal
compraste?
BARON. (Tiene razon.)
ORT. Pero en fin, eso no importa:
desde su puesto de honor
como pueda cada cual
que gaste su municion.
BARON. Por supuesto no hay cuartel.
ORT. No le haya pues, ¡vive Dios!
BARON. Pues á la lid, Ortigosa!
ORT. Á la lid, señor Baron. (Vánse los dos.)

ESCENA ÚLTIMA.

ELENA, sola.

ELENA. (Saliendo de su escondite.)
Conque el Baron es Clarin

y Ortigosa mi galan?
conque los dos juntos van
caminando al mismo fin?
En horabuena los dos
luchen, si lucha ha de haber,
que al cabo ha de suceder
lo que estuviere de Dios.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ELENA y el BARON.

Elena sentada devanando una madeja que el Baron sostendrá de pie.

ELENA. Dime, Clarin, tienes novia?
BARON. Me da rubor...
ELENA. Qué?...
¿Te da rubor confesarme
que la tienes? Quita allá.
BARON. Como no tengo franqueza
y la señorita [redacted] tan...
ELENA. Tan qué?... No tengas reparo
en hablar con claridad.
(Deja caer el ovillo, que recoge y entrega el Baron.)
Gracias. (Me tocó la mano.)
BARON. (Tiene la piel de sedan.)
ELENA. Conque decías que era...
BARON. Muy... amable.
ELENA. Nada más?
BARON. Y discreta.
ELENA. Y qué otra cosa?

BARON. Muy bonita.
ELENA. De verdad?
BARON. Y...
(Vuelta á caerse la madeja y vuelven á hacer la operacion anterior.)
ELENA. Otra vez; maldito ovillo!
Gracias. (Me volvió á tocar.)
BARON. (Tiene las manos más blancas
que la manteca sin sal.)
ELENA. Conque decías?...
BARON. Yo, nada.
(Esta me va á marear.)
ELENA. Me estabas diciendo que era,
si no lo recuerdo mal...
BARON. Muy amable!...
ELENA. No: otra cosa.
BARON. Bella como el tulipan,
ligera como la alondra,
y como el aura...
ELENA. Qué más?
BARON. (Qué más querrá que la diga.)
ELENA. No hay otra cosa?
BARON. (Presumo
que me quiere guasear.)
ELENA. Tercera vez? Qué pesado
está el ovillo.
(Repitiendo el mismo juego que las dos veces anteriores.)
BARON. Tomad.
ELENA. (Esta vez el muy tunante
me lo ha dado sin tocar.)
BARON. (Me va amoscando la niña!
Vaya un planton que me da!
Ya me duelen las muñecas,
el cuello y el vertebral.)
ELENA. Vamos, cuéntame, Clarin,
¿quién es tu novia? Anda, ya
escucho... si... Clarinito...
Quieres?... Me lo contarás?
BARON. (Y me mima! Vaya un pez
que es la niña, bah! bah! bah?)
ELENA. Me desairas?

BARON. Señorita.
(Indicando á la garganta.)
tengo aquí una sequedad...
(Ella como está sentada
no repara en que ya están
mis piernas con un calambre
que las hace vacilar.
(Elena hace un marcadísimo gesto de desagrado hasta con el cuerpo, que vuelve al Baron, y sin usar la operacion de seguir devanando la madeja.)
Pues señor esta mujer
está dada á... Barrabás.)
(Ramirez atraviesa la escena por una lámpara ó quinqué que habrá colocado sobre una mesa en el momento de citar el nombre Barrabás.)

RAM. Me llamabas?

BARON. Quién te mete?

RAM. Te pego una bofetá!...

ELENA. Qué es eso?

RAM. Que este tio,
no acostumbrao quizás
mas que á andar entre patatas,
me quié la boca buscar.

ELENA. Pues asunto concluido;
y basta de historias ya.
Á tu obligacion.

RAM. Corriente..
Á mi obligacion.
(Se retira mirándole de reojo. Elena se vuelve á sentar.)

BARON. Qué tal,
tú que contigo no puedes
llévame á cuestas... Difraz!
adivinar tú no puedes
el tormento que me das!
Si entre tanto á esta mujer,
ahora que oculta la faz...
me atreviera yo á decirle
algo del particular.
(Elena se vuelve cara al Baron.)
(Adios, se vuelve de cara,
no he visto descaro igual!...

Me parece que esta niña
es una calamidad.)

ELENA. Conque decías, Clarin...
(Ortigosa á la puerta del foro, Elena se apercibe cautelosamente.)
que es bella sin igual,
y simpática y amable...

ORT. Y nada más?

ELENA. Nada más.

ESCENA II.

DICHOS y ORTIGOSA.

ORT. (Conversando mano á mano,
y gracias si llegué á tiempo.)
Vete, Clarin.

ELENA. Deje usted.
Me estaba contando un cuento.

ORT. Si les estorbo me marcho.

ELENA. Estorbarnos, nada de eso.
Si usted tiene algun negocio
y quiere tomar pretexto...

ORT. Como de cuentos trataban,
y yo no entiendo de cuentos,
y Clarin es tan pesado...

ELENA. Eso no, yo lo defiendo.

ORT. ¿Que no es pesado, señora?

BARON. (Si querrá tomarme á peso.)

ELENA. El pobre está enamorado
y al amor lo pintan ciego.

ORT. Cómo? de amores hablaba?

ELENA. Justamente!

ORT. Ya sospecho,
algun amor de antecámara.

ELENA. Cierta Julia...

BARON, (¡¡Cielos!!)

ORT. (Cielos!!)

ELENA. (Se turban.)
Qué, es ese el nombre?
Parece que en el secreto
estaba yo. ¿He acertado?

Dígamelo, tengo empeño.

ORT. (Si el Baron le habrá contado?)

BARON. (Ya el otro fué con el cuento.)

ELENA. Conque nada me responde?
Ni usted, Baron?

ORT. No comprendo.

ELENA. Cité sin pensar un nombre
que á los dos dejó suspensos.
¿De ello pido explicaciones
y enmudeceis... bueno, bueno!
Por no ser del caso ahora
para otra ocasion dejemos
tan misterioso incidente
en oscuridad envuelto.

ORT. (Qué recuerdo... Oscuridad...)

BARON. Oscuridad!! Qué recuerdo!!)

ELENA. Y que prosiga Clarin,

ORT. Es verdad.

BARON. (Demos un sesgo.)
Decía que enamorado
estoy hace mucho tiempo...

ELENA. Pero sin saber la casa...

BARON. (La niña tiene unos peros...)
Mas como yo sigo en todo
de mi señor los consejos...

ELENA. Los de Aguilar?

BARON. Él me ha dicho:
sí, Clarin: el himeneo
no es más que una servidumbre,
y para sufrir tal peso
es fuerza que el matrimonio
se convierta por lo ménos
en una especulacion.

ORT. Estás loco?

ELENA. Buen consejo.

BARON. Y me añadía: ¿qué importa
que no se avengan los genios?
que la mujer sea coqueta
y mal educado el suegro?
Lo que importa es encontrar
relaciones de dinero
y familia. Al principio

mucha sumision, mas luégo
que [redacted] firmen los contratos
y se consiga el objeto,
como el dinero es redondo
se echa á rodar el dinero;
y al cuerpo se le da entónces
todo lo que pida el cuerpo.

ORT. Dispense usted, señorita,
este criado es un pérfido.

BARON. Ah! Señor, yo no sabía...
declaro que he sido un necio
y que todo es invencion...

ORT. Yo juro á usted...

ELENA. Ya no es tiempo.
Esas doctrinas que usted
en vez de buenos consejos
en el corazon sencillo
inculcó de ese mancebo,
son la expresion, Aguilar,
de sus malos sentimientos.
Tal revelacion me ha dado
pruebas de que no debemos
unir nuestros corazones
de tan contrarios afectos.
El de usted es por desgracia,
materialista grosero,
y el mio, señor Baron,
es celestial, es poético.
Por lo demas, ya usted sabe
lo que cumple á un caballero;
todo entre los dos acaba
en este mismo momento.

ORT. Déjanos, Clarin.

BARON. (Á Ortigosa.) Al punto,
señorito...

ORT. Te desprecio.

BARON. (Á Elena.) Si usted me dejara hablar...

ORT. Á fuera he dicho.

BARON. Obedezco.
(Á ver cómo escapa de esta.)
(Al salir el Baron tropieza con Ramirez, que entra á colocar en la escena el objeto que se llevó

en la escena anterior.)

RAM. Silbante! Te has vuelto ciego?
(Me parece que la cara
le voy á llenar de deos.)
(Se marchan los dos.)

ESCENA III.

ELENA y ORTIGOSA.

ELENA. Á que usted cuanto ha ocurrido
lo ha tomado por lo serio?
ORT. Le ha parecido á usted poco?
ELENA. Sosiéguese usted. ¡Qué genio!
ORT. Piensa usted que soy de roca?
ELENA. Tomemos los dos asiento.
(Ortigosa se sienta muy distante de Elena.)
Pero, Baron, qué hace usted?
por qué se marcha tan lejos?
ORT. Me acercaré si usted quiere.
ELENA. Y tanto como lo quiero.
Míreme usted cara á cara;
no me gusta usted tan serio.
ORT. Si usted quiere que me ría
la complaceré.
ELENA. (Es muy bueno.)
Ahora entremos en materia.
ORT. Usted dirá.
ELENA. Voy á ello.
La verdad, usted creyó
cuando aquí, hace un momento,
me ha visto tan alterada
arrugando altiva el ceño,
dando color á la frase
y vigor á los conceptos
que era cierta mi actitud,
que mi ademan era cierto.
ORT. No tan sólo lo creí
sino que lo estoy creyendo.
ELENA. Es usted algo vulgar.
ORT. Si lo soy muy buen provecho.
ELENA. Quería usted?... halla justo

que delante de su siervo,
desenfrenada aplaudiese
ó aceptase por lo ménos,
con asentimiento tácito
la moral de sus preceptos?

ORT. (Queriendo hablar.)

ELENA. Uso yo de la palabra,
suplico á usted el silencio.
Dirá usted que exagerado
estuvo aquel majadero;
verdad es: por eso soy
la primera en conocerlo.
Pero en el fondo, en el fondo,
Baron, de aquellos conceptos
estaba usted en esencia,
eran de su voz los ecos.

ORT. Y me juzga usted capaz...

ELENA. Por qué no? Pues qué hay en ello
de extraño? No es cada cual
de su pensamiento dueño?
doblemente cuando yo
igual doctrina profeso.

ORT. Elena, se burla usted?
(Esta mujer me da miedo.)

ELENA. Las ignorantes mujeres
más de mundo no sabemos
que lo que los hombres quieren
enseñarnos con su ejemplo.
Dice el hombre, por aquí,
que este es el camino recto,
y penetramos en él
como inocentes corderos;
si despues nos despeñamos,
¿á quién, Baron, lo debemos,
á nuestra débil flaqueza
ó á vuestros malos intentos?
Por eso, señor Baron,
no extrañe usted que pensemos
del mismo modo.

ORT. Señora,
digo á usted, y mucho siento,
ya que usted seguramente

no dió á mis palabras crédito,
volverla á decir que las
doctrinas que mi doméstico
por exceso de malicia,
ó acaso por otro exceso,
me atribuyó. son ajenas
á mis nobles sentimientos.

ELENA. Pero, Baron, si ya he dicho
que de sorprenderme lejos
estamos en ese punto
perfectamente de acuerdo.

ORT. (Cada vez á esta mujer
la voy comprendiendo ménos)

ELENA. Quiere usted que yo le hable
con franqueza?

ORT. Es mi deseo.

ELENA. ¿Por qué piensa usted, Baron,
que yo su mano prefiero
á otros muchos que me ofrecen
y que orgullosa desdeño?

ORT. Ni lo sé, ni lo presumo,
pues tales cosas voy viendo...

ELENA. La prefiero por la clase
á que pertenece.

ORT. ¡Cielos!
Me quiere usted por el brillo
de la nobleza que ostento;
por esa simple posdata
por ese título necio
que á tanto apellido roto
suele servir de remiendo?
¡Elena!!... Qué dice usted!

ELENA. Lo que ha estado usted oyendo.
¿Pues qué, un Aguilar á secas
tendría á mi amor derecho?

ORT. Á los piés de usted, Elena.

ELENA. Aguilar, su mano beso.

ESCENA IV.

ORTIGOSA sólo.

ORT. La insensatez la enajena
ó la remonta el saber;
ó es muy mala esta mujer,
ó esta mujer es muy buena.
Y es lo cierto que enamora
y vuelve á cualquiera loco,
tenga mucho ó tenga poco
de justo ó de pecadora.
Por mi parte sé decir,
aunque desdeñado amante,
que por ella en este instante
siento el corazon latir:
y no sé qué deba hacer
ni cómo deba de obrar;
si la debo despreciar
ó si la debo querer!
Dejo la lucha ó prosigo!....
¡Terrible vacilacion?
Es mengua la rendicion...
¡es tan fuerte el enemigo!
Habré de capitular,
porque vencerle no puedo.
El Baron!! quién dijo miedo,
me decido por luchar.

ESCENA V.

EL BARON, ORTIGOSA.

BARON. Adios, chiquillo, ¿qué tal?
OTR. Casi como tú.
BARON. De baja?
ORT. Me has metido en un belen....
BARON. Belen por cuatro palabras
que dije sin intencion?
Ya veo que en poca agua...
ORT. Pues si pocas te parecen

remacha el clavo, remacha,
y dile unas cuantas más;
por ejemplo, verbi gracia;
que procedo de lo inclusa
y que hago en Madrid el guaja,
y que le pido dinero
al primero que me habla;
y que si como es de gorra,
y que si bebo es de guagua.
Y si te parece puedes
añadirle en confianza,
que soy un titiritero
de esos que van por las plazas,
(Aludiendo con los manos.)
con ésta tocando un bombo;
y con ésta una carraca;
con la cabeza un chinesco,
y con la boca una flauta.

BARON. Se conoce que te han puesto
festivo las calabazas.

ORT. La verdad, no estoy de humor.

BARON. Han sido gordas ó flacas?

ORT. Te digo que me molesta...

BARON. Sin duda de aquellas largas...

ORT. ¡Si la pudiera olvidar?

BARON. Verdes? ó ya sazonadas?

ORT. Baron, cómo se conoce
que tú á esa mujer no amas?

BARON. Adios, se inflamó la pólvora
y voló la Santa Bárbara.
¿Pero es verdad que la quieres?

ORT. Baron, con toda mi alma.

BARON. Deja que te reconozca
el cerebro. Oh! Qué desgracia?
se nos marcha á Leganés!
Alíviate chico, y manda.
Dispénsame que me ría.

ORT. Ríete lo que te plazca.

BARON. Los hombres enamorados
qué quieres, si me hacen gracia.
¿De esa mujer tan coqueta
enamorarse... me enfada.

que así se cieguen los hombres
que de corridos se pasan
y han tenido una conquista
lo ménos en cada casa...
Vaya usted mucho con Dios.

ORT. Baron, si tú penetraras
como yo en el misterioso
santuario de su alma,
y vieras allí agitarse
sensaciones encontradas
que ora amantes te acarician,
que ora altivas te rechazan,
pero que todas fascinan
el corazon y lo inflaman!
Si hubieras tú un sólo instante
escuchado sus palabras,
ya de amargura cubiertas,
ya con dulzura expresadas?...
Qué hubieras hecho, Baron?

BARON. Le hubiera vuelto la espalda,
Ortigosa; las mujeres
por igual patron cortadas,
en el fingir son gemelas,
y en el engañar hermanas.

ORT. Y por ventura querrás
negar que las hay honradas?

BARON. Á centenares sí, chico,
y buenas como unas santas;
mas esas que son tan buenas,
buenamente nos engañan.
Pero volviendo al negocio!
ábreme el pecho y declara.
¿Te das por vencido?

B T. No.

BARON. Eso prueba que te ama.

ORT. Que le agrado es indudable;
en ocasion no lejana
cautelosamente supe
este secreto arrancarla.

BARON. Á ver, explícate, chico,
qué? tus relaciones datan?

ORT. Delosbailes de su tia,

la marquesa de la Malva.
BARON. Y desde entónces te entiendes...
y decía que me amaba!!...
(El Baron hace un signo de afirmacion.)
Pues sabes tú que mi padre
me proponía una ganga?
ORT. Por eso constantemente...
BARON. Por ella me preguntabas?
Y yo que á mí me decía,
parece que me sonsaca.
(Échese usted confidentes
en los negocios de faldas.)
ORT. Ahora podrás comprender
que no es mi amor una chanza.
BARON. Pues yo, chico, francamente,
la niña será muy guapa
y tendrá el riñon cubierto
porque su padre lo gasta,
(Frotando los dedos índice y pulgar.)
pero para mí esa niña
ni [redacted] viste ni [redacted] calza,
y para no ser feliz
dejemos correr el agua.
Mi padre dirá que [redacted] una
de tantas calaveradas,
pero al cabo ¿qué ha de hacer?
¿Soy [redacted] hijo... Pero calla?
Te va entrando ya el período
del aburrimiento (cáspita!)
que entra á todos los amantes
á las primeras descargas.
Que no tomen por novato
á un veterano que en África
[redacted] batió como la gente
sabe batirse en España!
Qué te aflige? dímelo:
cuando tu dicha soñada
vas á realizar!... te pones
mohino? Dí? ¿Qué te pasa?
ORT. Qué me ha de pasar, Baron,
que si Elena á mí me ama
es tan sólo porque piensa

que el título que disfraza
mi nombre me pertenece.

BARON. Esquisita suspicacia:
¿á ofenderla así te atreves
tú que tanto la elogiabas?

ORT. No la ofendo si te digo
que esas fueron sus palabras.

BARON. Conque ella misma te dijo...

ORT. Ella misma. (Con amargura.)

BARON. No me extraña,
porque las mujeres hoy
están muy metalizadas,
y al que no tiene dinero
ni le miran á la cara.
Verdad es que tanto moño
y esas cintas por la espalda,
y esos nuevos sombreritos
que parecen una rana,
con el amor no se compran
que se compran con la plata.

ORT. Las mujeres, las mujeres!
Oh qué ingratas son, qué ingratas!

BARON. Pero, chico, no habría medio
de disuadirla?

ORT. Dejarla
fuera mejor; mas no puedo:
conozco que es insensata
mi pasion: pero ¿qué quieres?
ya no puedo dominarla.

BARON. Yo tambien le dije al padre
tanta atrocidad, que vaya
si hemos armado mal lio
en esta bendita casa.

ORT. Hablaste tú con don Juan?

BARON. De tí le dije una sarta
de disparates...

ORT. Qué has dicho?

BARON. No lo sé; cuatro bobadas
que nos darán que sentir
si la tempestad estalla;
y gracias á que don Juan
es hombre de buena pasta

y nos dará su perdon.

ORT. En qué situacion tan falsa
nos hallamos colocados!

BARON. Mirándolo bien espanta.

ORT. Y qué dirá esta familia?

BARON. Y qué las gentes sensatas?

ORT. Y qué nuestros coroneles?

BARON. Y qué, chico, la ordenanza?

ORT. Yo á don Juan desde que vine
aún no le he visto la cara.

BARON. Ni yo tampoco lo he visto
porque esquivo sus miradas;
contigo estará furioso.

ORT. Eso sólo me faltaba.

BARON. Mi situacion es mejor
que la tuya, que es muy mala.

ORT. La situacion de los dos
tiene un porvenir de lágrimas.

BARON. Yo escurro el bulto diciendo
que á mi señor no hago falta.

ORT. Y dejarás que tu nombre
peligre en esta campaña;
porque te advierto que el mio
no descubro si me matan.

BARON. Tambien á mí me conviene.
(Así con el muerto carga.
Maldita lengua, en muy poco
estuvo el que revelara.)

ORT. Don Juan viene.

BARON. Con la niña.

ORT. Deja que la mire.

BARON. Anda
que va á descargar la nube
y no tenemos paraguas. (Vánse.)

ESCENA VI.

D. JUAN y ELENA.

JUAN. Consentir en ese enlace
fuera para mí una mengua.

BARON. (Adios, fracasó mi intento.)
Ahora pienso si de todo
tendrá la culpa aquel cuento.
Aquel que le revelé...
JUAN. Aquello que me contaste...
BARON. Sin razon.
JUAN. Qué, me engañaste?
BARON. Á qué mentir, lo engañé!
JUAN. De veras?
BARON. Calme su afan;
pero yo he sido un criado
infame que ha calumniado
al hombre que le da el pan.
JUAN. Y qué razon has tenido?...
BARON. Un delirio! una quimera!
JUAN. Vete de aquí, vete fuera.
BARON. (Presumo que me he lucido.)

ESCENA VIII.

ELENA y D. JUAN.

JUAN. Ya que el delito supuesto
fué una falsa acusacion
es muy justo que el Baron
recobre otra vez su puesto.
ELENA. Qué dice usted? qué otra vez?
JUAN. Como el ignora el fracaso.
ELENA. ¡¡Pero papá, soy yo acaso
una reina de ajedrez?
JUAN. Si te incomodas no insisto,
y eso, chica, que el Baron,
hablando de corazon,
lo merece ¡vive Cristo!
Y aunque tu padre en su dia
te dejará un capital,
tampoco te vendrá mal
una buena baronía.

ESCENA IX.

DICHOS y RAMIREZ.

RAM. Un hombre de mal humor
que el ojo dizquierdo guiya
y le acompaña un guindiya
quiere hablar con el señor.

JUAN. Guindilla?

RAM. De policía.

JUAN. Un hombre aquí de esa clase.
Pero en fin, dile que pase.

CEL. (Entrando.) Servidor.

JUAN. En qué tenía...

ESCENA X.

DICHOS y un CELADOR.

CEL. Se alberga aquí en esta casa
(Consultando un oficio)
un señor de señas... tal...
que si las señas no mienten,
es el Baron de Aguilar.

JUAN. Sí señor, aquí se hospeda.

CEL. Y dónde está, dónde está?

JUAN. Señor Baron, chico, chicos.
Vengan ustedes acá. (Dando voces.)
Pero qué ha pasado... explíquese?

CEL. No lo puedo revelar.

ESCENA XI.

DICHOS, el BARON y ORTIGOSA.

CEL. Señores, yo siento mucho
dar un paso que le es
repugnante á mi caracter,
pero me obliga un deber
al que no puedo faltar.
Jóven, su gracia de usted?

BARON. Mi gracia. (No me hace mucha
la que pretendes saber.)
Clarin.

CEL. Ese será el nombre;
conque don Clarin... de qué?

BARON. De la orquesta de mi padre.

CEL. No es eso, quiero saber
el apellido que lleva.

BARON. Mi apellido? no lo sé
porque siempre me llamaron
Clarin á secas.

CEL. Y usted?

ORT. Soy el Baron de Aguilar.

CEL. El mismo que busco pues:
caballero, siento mucho...

ORT. Á donde usted quiera iré,
más ántes á usted suplico
que me otorgue una merced.

CEL. Si está en mis atribuciones...

BARON. (Me suda fuego la piel.)

ORT. Que diga usted el motivo...

CEL. Pues ya no lo sabe usted?

ORT. Sin duda, mas no quisiera
que se llegase á creer
que hay algo de vergonzoso.

CEL. Pues bien, se le acusa á usted
de una muerte en desafío.

ELENA. De una muerte?

JUAN. ¡Qué belen?

BARON. (Presumo que debo estar
tan blanco como el papel.)

ELENA. (Á Ortigosa.) Revele usted ya su nombre,
no me haga más padecer.

ORT. Elena, si usted me amase
por mí propio...

ELENA. Le amo á usted
y lo demas fué una farsa
que debió usted comprender.)

ORT. Pues bien: el muerto en el duelo
es este que ustedes ven.
Don Serafin Ortigosa.

CEL. Así lo reza el papel.